IRON MAN
AMANECER ROJO

FRANCESC MIRALLES

Lectulandia

Genio, millonario, *playboy*, filántropo… Son palabras que solo pueden describir a un hombre: Tony Stark. Seis meses después de *Civil War*, y tras sus terribles consecuencias, Tony Stark ha decidido dejar de ser Iron Man para volcarse, por completo, en Stark Industries.

Sin embargo, cuando está a punto de despegar un cohete de Stark con rumbo al Sol para estudiar las energías renovables del astro rey, unos viejos conocidos de Iron Man lo atacarán y trastocarán los planes de Tony.

Lectulandia

Francesc Marí

Amanecer Rojo

Iron Man en Action Tales - 2

ePub r1.0
Titivillus 26.03.17

Título original: *Iron Man: Amanecer Rojo*
Francesc Marí, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

A través de las casi cincuenta pantallas que había colgadas en la pared del fondo de la sala de control, cualquiera podía ver que estaba sucediendo en el exterior de la plataforma de lanzamiento que Stark Industries tenía en Cabo Cañaveral. Un centenar de técnicos de la división espacial revisaban que todo estuviera listo para el despegue que tendría lugar en pocos minutos, aunque ninguna dirigía la mirada a la imagen de la pantalla central, en la que se podía ver un enorme cohete no tripulado con el logo de Stark en el lateral. Todos sabían que, si cometían el más pequeño de los errores, aquel trasto acabaría hecho añicos durante el despegue.

El ambiente era tenso, a pesar de los colores pastel de las paredes supuestamente relajantes, las pantallas emitían una incómoda y potente luz en toda la sala, haciendo que la mayoría de ellos trabajara en la penumbra de sus pantallas. Entre todas aquellas hileras de ordenadores y de técnicos tecleando sin cesar en sus ordenadores, había un reducido grupo de hombres que observaba con atención la imagen del cohete, aunque no estuviera sucediendo nada, de momento. Todos guardaban silencio menos uno, que explicaba cómo se iba a proceder y cuáles eran los pasos a seguir para levantar aquel carísimo pájaro.

—Como pueden ver, los técnicos no pierden de vista ninguna variable, por pequeña que sea, ya que, por ejemplo, una leve variación de la velocidad del viento, puede provocar el desastre —dijo con una sonrisa burlona, como si todo aquello fuera un juego.

Uno de los miembros del grupo tosió para interrumpir al anfitrión:

—Señor Stark, ¿nos está diciendo que, si solo uno de estos técnicos pestañea más de lo debido, nuestro dinero puede acabar diseminado en millones de fragmentos por los pantanos de Florida?

Tony no pudo evitar mostrar su brillante dentadura. Le encantaba tomarles el pelo a los miembros de la junta de Stark Industries. Aunque, visto fríamente, podía ser que aquel remilgado hombre de negocios tuviera razón. Pero no, llevaba seis meses dedicado en cuerpo y alma a aquel proyecto, estaba seguro que aquello.

—Tranquilo señor Weinstein, a pesar de ello, estos hombres y mujeres están preparados. —Y señalando con el dedo a la gran pantalla de la pared añadió—: Ese cohete emprenderá el vuelo exactamente dentro de quince minutos como estaba previsto y cumplirá su misión.

Mientras daba la espalda a los accionistas, que se sentían un poco perdidos entre tantos ordenadores, Tony, en su interior, no podía dejar de desear que el satélite que descansaba en la tripa de aquel cohete, acabara cumpliendo la misión para el que había sido diseñado, y no como los anteriores satélites Stark que orbitaban la Tierra.

Ese tendría que acercarse tanto como pudiera al Sol para explorar y estudiar su superficie, con el objetivo de aprovechar la desbordante energía del astro en favor de la humanidad, que cada día necesitaba más energías renovables.

«Cumple tu misión y esperemos que no me vea obligado a utilizarlo como utilicé a tus hermanos mayores», dijo Tony para sus adentros mirando fijamente el cohete, como si hablara con él.

A pesar de que habían pasado seis meses, todo parecía mucho más reciente de lo que él deseaba. En todo aquel tiempo, a pesar de llevar a cabo decenas de proyectos para olvidar aquellos horribles sucesos, su cabeza se había negado a borrar lo sucedido, y aún lo recordaba como si lo hubiera vivido apenas unos minutos antes. Todo había sucedido sin que él, el «gran» Tony Stark, hubiera podido hacer absolutamente nada. Cuando Hulk perdió el control, Tony hizo lo imposible para detenerlo antes de que pudiera causar más desgracias, pero el gigante esmeralda había perdido el control. Tony no se podía imaginar lo que sucedería a la mente compartida por Banner y Hulk cuando recordara todo lo que sucedió y a cuantos se llevó por delante. Tony siempre había tenido en cuenta que un Hulk desbocado sería una auténtica catástrofe, idea compartida por Banner, y muchos lo tildaron de desconfiado cuando fabricó la armadura Hulkbuster, pero cuando se vio obligado a usarla, nadie se negó a ello. Sin embargo, Hulk era un ser demasiado poderoso para que una armadura lo pudiera detener, así que Tony se vio obligado a usar las armas que había instalado en sus satélites cuando aún se dedicaba a ser un señor de la guerra. Lo detuvo, sí, pero a qué precio. Nadie tuvo en cuenta las consecuencias de sus actos hasta que estas le dieron en los morros. Ahora estaba enfrentado a sus viejos amigos, la mayoría de héroes no lo querían ni ver, no querían ni pronunciar su nombre. Y aunque la gente lo consideraba un gran héroe, aún más que antes, él se sentía más solo que nunca. Lo había sacrificado todo en la guerra y ¿para qué? ¿Para qué ahora saliera en todas las portadas del mundo como el gran renovador de la civilización? Lo que había perdido no se lo podrían pagar ni con toda la publicidad gratuita del mundo.

Ahora, mientras observaba las pantallas con los datos del despegue, no podía sacarse de la cabeza que gran parte de la comunidad de superhéroes le había dado la espalda. Casi lo habían obligado a que él también les diera la espalda, por lo que había decidido colgar aquella armadura que le había dado tanto dolor. Ahora volvía a ser Tony Stark, nada más. Para el público en general, Tony había vuelto a ser el mismo antes del accidente que lo convirtió en superhéroe porque héroes como el Capitán América o Thor le habían dado la espalda, sin embargo, el principal motivo de haber dejado de ser Iron Man, era otro. Otro más personal y, por ello, más doloroso. Durante la guerra había perdido a uno de sus más queridos amigos. Y cuando sucedió, supo que debía dejar de ser Iron Man, y se arrepentía de no haberlo dejado de ser antes.

Como con el resto de cosas sucedidas durante la guerra, el detonante de su retiro

como superhéroe, había sucedido muy rápido. Como una noche cualquiera, ajenos a que él se estaba enfrentando con los que habían sido sus compañeros de armas, Happy y Pepper estaban cenando en su casa, como lo que eran, una familia feliz, sin mayores preocupaciones que la factura de la luz o las reformas del baño. Sin embargo, una armadura, muy parecida a una de las suyas, irrumpió en el hogar de sus amigos. Al principio creyeron que se trataba de una broma de Tony, por eso bajaron la guardia, pero la armadura cogió a Pepper y se propuso acabar con su vida, diciendo solamente:

—Con la muerte de Pepper Potts empezará el agonizante final de Tony Stark.

Él no lo sabía exactamente, y Pepper había sido incapaz de explicarle lo que había sucedido después con demasiado detalle, pero Happy, al oír aquello, había conseguido arrebatar a su esposa de las manos de aquel desconocido, pero teniendo que pagar un alto precio por ello. La armadura era mucho más fuerte que Happy y, sin apenas darle tiempo a dedicar una última mirada a su esposa, las manos metálicas agarraron con fuerza la cabeza de Happy y la hicieron girar hasta que se escuchó un desagradable crujido, acabando con la vida del fiel amigo de Tony.

Hubiera sido peor, pero J.A.R.V.I.S., que también operaba como sistema de seguridad de casa de Pepper y Happy, consiguió hacer llegar algunas armaduras de Iron Man, ahuyentando al asesino que abandonó el lugar sin dejar mayor rastro que una imagen grabada en las cámaras de seguridad y la mente de Pepper.

Cuando Tony llegó al lugar, las ambulancias y los coches de policía ya estaban allí, y se abrió paso entre la multitud como pudo, hasta que llegó al comedor. Allí estaba Pepper, aferrada aún al cuerpo sin vida de su marido. En ese preciso instante, Tony supo que debía dejar de ser Iron Man, así se lo había propuesto y así lo había hecho.

Y ahí estaba, seis meses después, dirigiendo aquello en lo que había centrado todos sus esfuerzos tras quitarse por última vez la armadura de Iron Man. Aunque había momentos en los que echaba de menos surcar el cielo como un garante de la justicia, si es que lo había sido alguna vez, ahora Tony sentía que estaba haciendo lo correcto: destinar todos sus recursos a mejorar un planeta al que había ayudado a empeorar con la guerra de los superhéroes.

—¿Señor Stark? —La voz de uno de los técnicos jefes cortó de raíz sus pensamientos, Tony lo agradeció—. Las condiciones son óptimas para el lanzamiento —le anunció.

—Gracias… —respondió Stark, hubiera querido contestarle por el nombre, pero siempre había sido un desastre para esas cosas, pero desde que se había incorporado al trabajo activo de Stark Industries, Tony se había propuesto tratar con la máxima cordialidad a sus empleados. Así que hizo un esfuerzo para conseguir que su mente recordara el nombre de ese tipo—… ¿Albert?

El técnico sonrió.

—Casi… Herbert.

—Eso es, Herbert. Gracias, Herbert —insistió Tony con una sonrisa—. La próxima vez me acordaré —añadió apuntando con el dedo al técnico que ya regresaba a su asiento.

Tony giró sobre sí mismo contemplando cuanto le rodeaba.

—¡J.A.R.V.I.S.! —exclamó sin dirigirse a nadie.

—¿Sí, señor? —preguntó la voz robótica de su asistente por los altavoces de la sala.

—Confirma los cálculos y prepáralo todo para el lanzamiento.

—En seguida, señor.

Un pensamiento melancólico cruzó la mente de Stark. J.A.R.V.I.S. era lo único que le quedaba, él único que no le había abandonado. Tras la muerte de Happy, Pepper se había retirado lejos de él y de todos aquellos que le pudieran recordar a su marido, dejando de ser la principal responsable de Stark Industries. Por lo que el peso de la empresa había recaído de nuevo en él y, por lo tanto, en una inteligencia artificial, que nunca protestaría por el exceso de trabajo.

En ese momento se sentía pletórico, todo por lo que había trabajado estaba a punto de dar sus primeros frutos, pero lamentaba que Pepper, Happy y Rhodey no lo vieran a su lado. Con la muerte de Happy y el retiro de Pepper, Tony puso toda su confianza en el coronel James Rhodes, y este había correspondido. Durante la guerra, no había dudado en apoyar a su amigo con el acta de registro. Pero tras ella, cuando las consecuencias de ella serían más palpables, Rhodes fue destinado como enlace entre el Pentágono, S.H.I.E.L.D. y la comunidad de superhéroes, por lo que Tony lo había visto más bien poco desde entonces.

—Esperando su confirmación para dar luz verde al lanzamiento. —La voz del fiel J.A.R.V.I.S. devolvió a Tony a la realidad.

—¿Todo está en orden? —preguntó Stark a los técnicos que lo observaban desde sus respectivos asientos.

Uno a uno, los jefes de sección fueron dando el visto bueno al lanzamiento, y cuando el último de ellos habló, Tony miró de reojo a los miembros de la junta y ordenó:

—Pongan en marcha la cuenta atrás.

Unos segundos después de la orden de Tony, la voz de J.A.R.V.I.S. resonó en las paredes de la sala de control, mientras que la cabeza del que fuera una vez Iron Man volvía a perderse en sus pensamientos.

—¡10!

«Happy…»

—¡9!

«Pepper…»

—¡8!

«Rhodey…»

—¡7!

«Steve R…»

—¡Atención! —exclamó una de las técnicas.

—¿Qué sucede? —preguntó Tony acercándose al lugar del que había surgido la voz de alerta. La chica que había hablado era joven y de mirada resuelta, y no perdía de vista lo que estaba viendo en su monito.

—En la pantalla principal —ordenó Tony.

La imagen de la pantalla principal se acercó a una de las secciones del cohete. Allí dónde solo se tendría que ver la reluciente cubierta blanca del cohete, dos puntos rojos se movían sobre su superficie.

—¡Más cerca! —ordenó Tony.

Mientras las cámaras se acercaban, se pudieron ir distinguiendo dos figuras humanas enfundadas en sendas armaduras rojas.

—¡¿Qué narices…?! —Tony hizo el amago de una exclamación, pero cuando las cámaras estuvieron lo suficientemente cerca para distinguir las figuras, no pudo evitar reconocer a dos personas que creía que nunca más volvería a ver… Whiplash y Dinamo Carmesí estaban abriendo una parte de la cubierta del cohete y trasteando en su interior.

—¡Detened la cuenta atrás! ¡Parad el lanzamiento! —berreó Tony desesperado.

—No podemos señor —respondió J.A.R.V.I.S.

—¿Qué?

Sin permitir que la inteligencia artificial respondiera, Tony salió de la sala a paso ligero, dirigiéndose al pequeño despacho que tenía en la base. Si aquellos dos estaban allí era por qué no tramaban nada bueno. Con la cuenta atrás en marcha no podía pedir a nadie que se acercaran al cohete para sacar a aquellos dos villanos del cohete. Solo había una posibilidad… Iron Man debía volver.

A pesar de que se había prometido que nunca volvería a ser el vengador dorado, Tony irrumpió en su despacho y buscó bajo diversas cajas llenas de papeleo y encontró lo que buscaba. Un maletín metálico rojo con acabados plateados.

«Lo siento, Pepper», pensó para sus adentros antes de activar la armadura plegable Mark 5.

Mientras las placas de metal se extendían sobre sus brazos, su cuerpo y sus piernas, Tony no pudo evitar preguntarse: «¿Por qué siempre la seguía llevando encima? ¿La costumbre? ¿Por si acaso?».

Pero no había tiempo para hacerse preguntas y mucho menos para encontrar respuestas, debía convertirse en Iron Man una vez más para proteger aquello en lo que había estado trabajando durante meses.

Dos

—¡1! ¡Despegue! —La voz de J.A.R.V.I.S. pronunció aquellas palabras con su habitual tono carente de vida, pero a todos los presentes les pareció percibir cierto aire de preocupación en la voz del asistente de Tony Stark.

Ninguno de los técnicos podía hacer nada, a través de las pantallas vieron como el cohete empezó a alzarse con lentitud proyectando tres potentes llamaradas de combustible bajo él. Poco a poco fue subiendo, hasta que, por fin, se pudo decir que aquel pájaro había emprendido el vuelo. En una ocasión normal, aquel hecho se hubiera celebrado por todo lo alto, pero al saber que dos temidos villanos estaban en el cohete dispuestos a boicotear el lanzamiento, se mantuvo un incómodo silencio.

El ambiente era tan denso que se podía cortar con un cuchillo, se podía escuchar como la mayoría de técnicos se roían las uñas mientras veían como el trabajo de seis meses estaba a punto de terminar por que dos hombres se habían alojado en la cubierta del cohete y estaban, literalmente, desmantelándolo en el aire.

Mientras no podían dejar de ver como el cohete se elevaba hacia su fatal destino, todos se preguntaban a dónde había ido Tony Stark con tanta prisa. El único que podía controlar aquella situación era él. Tony había sido el alma de aquel proyecto y el que había aportado la mayoría de soluciones a todos los problemas que habían surgido durante la construcción del cohete y del satélite. Estaban perdidos sin Tony Stark… Estaban perdidos sin…

Los pensamientos de todos los presentes se vieron interrumpidos cuando a través de los altavoces de la sala retumbaron los acordes de *Shoot To Thrill* de AC/DC:

—All you women, who want a man of the street don't know which way you wanna turn. Just keep coming and put your hand out to me cause I'm the one who's gonna make you burn. I'm gonna take you down Oh, down! Down! Down! So don't you fool around, I'm gonna pull it, pull it, pull the trigger! Shoot to thrill, play to kill, too many women, too many pills, Yeah! Shoot to thrill, play to kill, I got my gun at the ready gonna fire at will…

Al mismo ritmo que la desgarradora voz de Brian Johnson hacia sonar la letra de esta canción, en las pantallas de la sala de control apareció lo que muchos estaban deseando que apareciera… La armadura de Iron Man.

Todos los técnicos explotaron en aplausos, Iron Man había regresado y, como siempre, lo había hecho a lo grande, como si su trabajo fuera el espectáculo. Era tal la emoción que se palpaba en el ambiente que más de un miembro de la junta se unió a las exclamaciones de triunfo, aunque sus compañeros le dedicaran miradas de desprecio.

Surcando a gran velocidad el cielo, siguiendo el rastro del cohete de Stark

Industries, un Iron Man rojo y plateado hacía todo lo imposible para alcanzar el lugar en el que se encontraban Whiplash y Dinamo Carmesí. Aunque al principio no parecía que fuera capaz de ello, poco a poco Iron Man fue ganando terreno acercándose al lugar en el que los dos villanos trasteaban con los mecanismos del cohete. A pesar de que el inmenso aparato blanco se elevaba sin cesar hacia el cielo, parecía que los dos eran capaces de mantener el equilibrio sobre su lomo, haciendo que sus armaduras rojizas brillaran con fuerza bajo el sol de Florida.

A medida que se acercaba, Tony se sorprendió al ver la parte que aquellos dos estaban manipulando.

—J.A.R.V.I.S., ¿qué están toqueteando esos dos mendrugos rojos? —preguntó Tony a su asistente.

—Desde aquí es difícil de discernir, señor, pero creo que están manipulando el control del cohete.

—¿El control?

—Así es.

—Si quieren destruir el cohete ¿no sería más lógico que fueran al depósito de combustible o al control de los reactores? —reflexionó Tony en voz alta.

Su asistente electrónico no dijo nada.

Tony aumentó la potencia de los propulsores de sus botas y aceleró en paralelo al cohete. Mantener la posición junto a las corrientes de aire que provocaba el vuelo de aquel inmenso cohete era complicado y estaba dificultando su ascenso, pero poco a poco Tony fue acercándose a sus rivales.

Cuando estuvo más cerca, pudo comprobar como aquellos dos enormes sicarios soviéticos habían dejado de lado sus viejos trajes y ahora iban ataviados con unas armaduras rojas muy brillantes que, a simple vista, parecían estar construidas con una tecnología muy avanzada, similar a las últimas armaduras que el propio Tony construyó. Pero lo que le llamó más la atención fue que, a pesar de la situación en la que se encontraba, los dos estaban discutiendo, o eso parecía por como gesticulaban, ya que Tony era incapaz de escucharlos.

El viento chocaba con su casco a gran velocidad, impidiendo oír absolutamente nada.

—Cuélate en su señal, necesito saber que están diciendo —ordenó Tony.

—Sí, señor —respondió J.A.R.V.I.S. con obediencia.

Unos segundos después, tras oír las interferencias propias de las radios, Tony empezó a escuchar las voces con marcado acento soviético de los dos hombres que había en el interior de las armaduras.

—¡Maldita sea, Nevsky! ¿Por qué no me haces caso? —exclamó Whiplash entre una decena de insultos en ruso.

—Cállate, Vanko —espetó el otro.

Tras un último esfuerzo, Iron Man consiguió ponerse a su altura.

—Vaya, vaya, vaya, mis dos villanos soviéticos favoritos, Anton Vanko y

Alexander Nevsky. Sabéis que el muro cayó hace décadas, ¿verdad? —preguntó con condescendencia.

—Muy gracioso, Stark —respondió Nevsky mirándolo a través del casco de la armadura de Dinamo Carmesí.

—¿Cómo habéis logrado tener estas armaduras tan chulas y explícitamente soviéticas? —preguntó con sorna Tony.

—Lo siento, Stark, pero no tenemos tiempo para conversaciones intrascendentes —replicó Vanko y, sin dar tiempo a Iron Man, activó uno de sus látigos de la armadura de Whiplash y lanzó un potente golpe contra el vengador dorado. En un ágil movimiento, Iron Man consiguió esquivarlo sin desequilibrarse, pero por poco pierde el control y la altura.

«¿Cómo narices consiguen estos mantenerse tan tranquilos sobre el cohete?», preguntó.

Como si J.A.R.V.I.S. le hubiera leído la mente —la verdad era que Tony creía que su asistente digital era capaz de hacerlo, tal como lo hacía su predecesor humano— en la pantalla del interior de su casco la inteligencia artificial proyectó un escaneo de las armaduras de los dos villanos, mostrando a Tony como conseguían hacerlo, sus botas eran magnéticas y los mantenían pegados a la superficie metálica de la cubierta del cohete.

—Creo, señor, que ese es un recurso demasiado ingenioso para Vanko y Nevsky —reflexionó J.A.R.V.I.S.

—Así es, querido amigo, pero también nos da una posibilidad de sacarlos de ahí.

—¿Cómo? Si el señor me permite preguntarlo.

—Haciendo de peso muerto.

Si J.A.R.V.I.S. hubiera tenido el comando para que su voz pareciera alarmada o asustada, sin duda, lo habría usado en ese momento, pero solo fue capaz de decir:

—No se lo recomiendo, señor.

Sin responder a su asistente, Iron Man se acercó cuanto pudo a Whiplash, haciendo que este soltara un nuevo latigazo, que lo enganchó por el pecho de la armadura de Iron Man. Cuando Tony sintió que ya era su presa, desactivó sus propulsores y empezó a quedarse atrás siendo, a cada segundo que pasaba, un lastre más pesado. Debido al peso de Iron Man, a Whiplash se le fue el brazo hacia atrás, sin embargo, el villano tenía más recursos desde su último encuentro con Tony.

—No lograrás hacerme caer, Stark —dijo satisfecho el villano y replegó el látigo izando a Iron Man.

—¡Oh, oh! —se lamentó el playboy convertido en superhéroe.

—Se lo dije, señor —añadió J.A.R.V.I.S. casi satisfecho por que el plan de su jefe hubiera salido mal.

La armadura se fue acercando hacia Whiplash, y a pesar de la resistencia que intentaba poner Tony llevando sus propulsores al límite, pocos segundos después los poderosos brazos del villano aferraron a Iron Man por el pecho.

—¡Mira que tengo, Alexander! —exclamó Vanko con aire triunfal.

Dinamo Carmesí, que hasta entonces había estado manipulando los elementos y cableado eléctrico que había bajo la cubierta del cohete, levantó la mirada y observó a Iron Man a través de su casco. A pesar de no verle la cara, Tony sabía que, en ese momento, Anton Vanko estaba a punto de descargar toda su furia sobre él, cual bolsa de boxeo. Tenía que hacer algo.

Con rapidez lanzó varios disparos contra el villano rojo con los repulsores de sus manos, pero este los desvió sin inmutarse.

—Buen intento, Stark, pero esta vez, para vencernos, necesitarás algo más que eso —dijo con sorna Dinamo Carmesí.

Mientras Iron Man se enfrentaba a Vanko y Nevsky, el cohete seguía alzándose hacia el firmamento, dejando atrás la Tierra y avanzando hacia la oscuridad del espacio.

—Señor Stark —dijo J.A.R.V.I.S. con su seriedad habitual—, estamos abandonando la atmósfera y el Mark 5 no está diseñado para el vuelo espacial. Le recomiendo encarecidamente que detenga esta persecución.

—¡Lo sé, lo sé! —exclamó Tony sintiendo como los brazos de Whiplash lo aprisionaban—. Pero no puedo permitir que estos dos inútiles destruyan mi cohete…

Debido a la presión del momento, las palabras de Tony también llegaron a oídos de Whiplash y Dinamo, y ninguno de los dos pudo evitar soltar una sonora carcajada.

—Lamento comunicarle —empezó a decir Nevsky—, señor Stark, que no pretendemos destruir su cohete, sino robarlo.

«¡¿Qué?!», exclamó sorprendido para sus adentros Tony al oír las palabras de Dinamo. «Parece que tienen un plan, pero cuál».

La mente de Tony empezó a pensar que podían traerse entre manos Whiplash y Dinamo para querer robar un cohete como aquel, no era precisamente discreto venderlo en el mercado negro, y desmontarlo para venderlo por piezas supondría un coste muy superior al beneficio que pudieran conseguir.

La voz de J.A.R.V.I.S. lo interrumpió:

—Señor, los niveles de oxígeno están empezando a menguar significativamente —le advirtió su asistente.

Al principio Tony se molestó por la interrupción, pero en seguida su cabeza empezó a darle vueltas a la vez que notaba como el aire era cada vez menos respirable. Sin poder evitarlo empezó a toser con fuerza, mientras sus pulmones buscaban un aire que no podían encontrar.

—J.A.… J.A.… J.A.R.V.I.S. —farfulló entre toses—, debo detenerlos antes de que se hagan… Se hagan… Se hagan con mi cohete…

La voz de Tony se fue apagando a la vez que perdía el conocimiento.

Whiplash, que todavía lo sostenía, lo sacudió como un muñeco.

—Si que ha sido fácil vencer a Iron Man —comentó un poco decepcionado.

Dinamo Carmesí soltó una carcajada.

—¿Lo llevamos con nosotros? —preguntó Whiplash—. Puede que le guste —añadió refiriéndose a un tercer hombre.

El otro se encogió de hombros.

—No lo creo, querría matarlo en persona, como nosotros, pero ahora, sin vida, poco puede interesarle —contestó Dinamo—. Lo mejor es que lo sueltes y me ayudes a acabar con el trabajo, no podemos dejar que el cohete se aleje demasiado de la orbita de la Tierra, después sería demasiado difícil llevarlo hasta nuestra base.

Whiplash no dijo nada, tan solo asintió y soltó a Iron Man. Los dos villanos soviéticos miraron como el cuerpo sin vida de Tony caía desde gran altura alejándose rápidamente de ellos.

—¡Adiós, señor Stark! Gracias por su cohete, sé de alguien que estará muy agradecido —exclamó Dinamo antes de que Tony se convirtiera en poco más que un punto sobre el azul de las aguas del mar.

Centenares de metros muy por debajo del cohete, Iron Man caía sin frenos y dando tumbos en el aire, acercándose cada vez a su horrible destino.

—¿Señor Stark? —preguntó J.A.R.V.I.S.

Sin respuesta.

—¿Señor Stark? —insistió el asistente—. Para que yo pueda controlar la armadura debe darme los códigos de seguridad.

Tony no dijo nada, seguía con los ojos cerrados mientras daba vueltas en el aire cayendo a gran velocidad.

—Le recuerdo que estos protocolos de seguridad los estableció usted mismo, yo no estoy en posición de violarlos…

Tony Stark siguió sin reaccionar. El final de Iron Man parecía más cerca. Todo apuntaba a que su regreso como vengador dorado sería más breve de lo que cualquiera hubiera podido plantearse. Nadie podía salvarlo de aquella situación… ¿O sí?

Tres

El lanzamiento del cohete que Stark Industries tenía previsto enviar al Sol era un evento público, se estaba retrasmitiendo por las cadenas públicas de todos los países. Sin embargo, la audiencia estaba siendo más bien escasa. Los años de la carrera espacial habían quedado muy atrás, y pocos eran los interesados en ver como un cohete de miles de millones emprendía el vuelo. Pero eso cambió radicalmente, cuando aquel espectáculo científico se convirtió en el retorno de Iron Man. Tras ver como Iron Man se enfrentaba a dos viejos conocidos de la audiencia, ahora, a través de unas tambaleantes imágenes, todos estaban viendo como uno de sus superhéroes favoritos estaba cayendo irremediablemente hacia al Océano Atlántico. Y absolutamente nadie podía hacer nada.

En otro momento, meses atrás, seguramente hubiera aparecido alguno de los otros héroes, pero ahora Iron Man se había convertido en un lobo solitario, y más después de colgar su armadura. Solo podía contar con los miembros de S.H.I.E.L.D., pero seguramente estaban demasiado ocupados para aparecer sin aviso para rescatar a Tony Stark.

El cuerpo aparentemente sin vida del multimillonario no hacía más que dar vueltas y más vueltas en el aire, moviendo sus extremidades al son de las corrientes de aire cual muñeco de trapo.

El público se estaba mordiendo las uñas mientras veían como Iron Man caía. Los técnicos de Stark Industries se tiraban de los pelos mientras veían como su jefe estaba a punto de estrellarse contra la superficie marina. Y Tony seguía sin articular ningún músculo encerrado en lo que pronto se convertiría en su ataúd metálico. ¿No había nadie en disposición de salvarle la vida? ¿Seguro que no había nadie que pudiera ayudarlo?

—Señor Stark, si no responde me veré obligado a saltarme sus protocolos —dijo J.A.R.V.I.S. aparentemente sin emoción, pero la elección de palabras que estaba haciendo su sistema de lenguaje era cada vez más insistente.

El pobre asistente electrónico lo había intentado todo, había activado alarmas y pitidos molestos para cualquier oído humano, pero su jefe seguía sin reaccionar. ¿Podía ser que realmente ese fuese el final de Tony Stark?

—Siento comunicarle, señor, que debido a su testarudez en no recuperar el conocimiento me veo obligado a saltarme los parámetros de seguridad.

Sin añadir nada más, como si aquella fuera su última palabra, J.A.R.V.I.S. pirateó el control de navegación de la armadura, que, visto en teoría, sería como si se estuviera pirateando a sí mismo y tomó el control de la armadura.

En las pantallas de todo el mundo se pudo ver como, a pocas decenas de metros

del fatal impacto, los propulsores de las botas de Iron Man se activaban y emprendían el vuelo hacia tierra firme, lejos del agua y del peligro que había comportado aquella caída libre.

Por todos los hogares, despachos y lugares del mundo se pudo escuchar un suspiro de alivio al ver que el vengador dorado retomaba el vuelo para regresar, sano y salvo hacia la base de operaciones de la división espacial de Stark Industries en Florida.

Cuando Tony abrió los ojos de nuevo no pudo evitar asustarse. Un mar de caras preocupadas lo observaban con atención desde las alturas. Pero fue algo momentáneo. En seguida comprendió que estaba tumbado en el sofá en una de las numerosas salas de las instalaciones espaciales de Stark Industries, y sus técnicos lo contemplaban exageradamente asustados.

Al principio no supo que hacer, hasta que, de entre todos los técnicos, apareció una chica de ojos almendrados y claros, morena y de sinuosas curvas. Cualquiera hubiera la hubiera clasificado de latina, sin embargo, Tony se podía vanagloriar de hacer distinciones más específicas… Aquella chica era inconfundiblemente mediterránea y tampoco había lugar a dudas de que era la que había dado la voz de alerta sobre Whiplash y Dinamo Carmesí…

«¡Whiplash y Dinamo! ¡Mi cohete!», exclamó para sus adentros alarmado, pero la presencia de aquella chica le hizo olvidar a los villanos soviéticos.

—Beba un poco de agua y no se levante —le dijo la chica con voz suave ofreciéndolo un vaso de cristal lleno de un líquido transparente—, acaba de perder el conocimiento y…

—Lástima que no haya sido por tu culpa —intervino Tony con una brillante sonrisa.

A pesar de la piel morena, la chica se sonrojó y el vaso empezó a temblar en su mano. Podía estar al borde la muerte, pero Tony sería un descarado ligón hasta el último de sus días.

—Se-Señor Stark, por favor, compórtese —replicó la chica intentándose controlar.

—Llámame Tony —respondió con rapidez—, y eso es algo que no sé hacer.

—¿El qué? —preguntó la chica inocentemente.

—Comportarme —contestó Stark cogiendo el vaso y la suave mano de la chica que lo sostenía, acercándola hacia él—, ¿quieres comprobarlo, Gwyneth Reid?

La chica se sobresaltó al escuchar su nombre:

—¿Có-Cómo sabe…?

—¿Tu nombre? —la interrumpió Tony—. Muy sencillo, conozco a todos mis trabajadores.

—¿Ah, sí? —preguntó incrédulo uno de los técnicos que contemplaban la escena

sin poder acabar de creérselo.

—Por supuesto, Albert —le cortó Tony con aire de superioridad.

—Mi nombre es Herbert…

—Bueno —contestó dirigiéndose a Gwyneth—, al menos conozco a las empleadas más atractivas.

El comentario arrancó alguna sonrisa y carcajada, sobre todo entre las mujeres que se sentían atraídas por el millonario. Sin esperar a que nadie replicase, Tony dio un sorbo al vaso del agua y se lo devolvió a Gwyneth, que ya había perdido gran parte de la compostura, y lo acabó de hacer cuando Tony le besó la mano con elegancia.

—¡J.A.R.V.I.S.! —exclamó poniéndose de pie.

—¿Sí, señor Stark? —preguntó su asistente.

—Supongo que si estoy aquí tan bien acompañado es gracias a ti, ¿cierto?

—Así es, señor.

—En ese caso, muchas gracias J.A.R.V.I.S.

—Solo hacía mi trabajo, señor.

—Eres demasiado modesto —le replicó Tony.

—Usted me programó así, señor.

Tony sonrió, la voz de J.A.R.V.I.S. podía estar carente de emoción, pero sus comentarios siempre parecían guardar algo detrás, cierto sarcasmo propio de los mayordomos británicos.

—Dime, J.A.R.V.I.S., ¿qué sabemos de mi cohete?

—Tras su caída, el cohete ha sido desviado de su trayectoria —contestó el asistente.

—¿Esos dos han conseguido robar mi cohete?

—Eso me temo, señor.

Tony se giró hacia sus técnicos, que no habían dejado de observar a su jefe.

—¿En serio? —les preguntó levantando una ceja en tono interrogativo.

—Así es, lo hemos perdido —contestó Gwyneth, todavía con el vaso de agua entre las manos.

Al escuchar aquellas palabras, como si hubieran detonado algo en su cabeza, Tony volvió a sonreír y salió corriendo de aquella sala.

Con la tropa de técnicos corriendo tras él, advirtiéndole que no había nada que se pudiera hacer y a la vez que J.A.R.V.I.S. insistía en lo mismo, Tony recorrió los pasillos de su base espacial hasta la sala de control, en aquel momento vacía.

Sin hacer caso a ninguno de sus trabajadores, Tony se sentó frente a una de las unidades de control y empezó a teclear como un loco sobre su teclado. Al ver a su jefe sumergido en su trabajo, todos se detuvieron y lo contemplaron como si estuvieran viendo trabajar al mismísimo Leonardo Da Vinci.

Tras unos segundos en los que parecía que Tony no prestara atención a nada más que a la pantalla de su ordenador, giró sobre sí mismo sentado en la silla de oficina

que ocupaba y se dirigió a sus trabajadores:

—J.A.R.V.I.S., queridos amigos, miembros de la junta ahí dónde estéis —exclamó como si estuviera presentando un espectáculo de circo—. Puede que hayamos perdido el control del cohete, pero sí que sabemos dónde se encuentra.

Sin más preámbulos, Tony pulsó un botón del teclado y, en la pantalla principal de la sala de control, apareció un mapa del mundo en el que se podía ver una rayita discontinua de color verde que iba avanzando hacia el este cruzando el Océano Atlántico, en concreto el cohete estaba a punto de sobrevolar la Península Ibérica.

—Ese es nuestro cohete y parece que esos dos sienten nostalgia, ya que, a menos que me equivoque, se dirigen a la vieja Unión Soviética.

Sin dejar que nadie respondiera, Tony se levantó y se paró frente a sus trabajadores.

—J.A.R.V.I.S., ¿cómo está la Mark 5?

—Un poco malograda por los látigos de Whiplash, pero puede volar.

—Excelente. En ese caso, partimos inmediatamente. —Empezó a andar dejando atrás a sus empleados, pero se detuvo y volvió hacia atrás—. Y, por favor, cuando puedas reserva una mesa para dos para cenar en la fecha que mejor le convenga a la señorita Reid —añadió volviendo a besar la mano de su empleada, que no pudo evitar controlar la mano en la que todavía sostenía el vaso de agua, e irremediablemente este cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

—Señor, siento ser yo el que ponga en duda sus actos —dijo J.A.R.V.I.S. en el interior del casco de la armadura Mark 5—, pero si el cohete vuela hacia el este, ¿por qué nosotros estamos dirigiéndonos hacia el norte?

Tony estaba embutido en lo que quedaba de la armadura Mark 5 tras su combate contra Whiplash y Dinamo Carmesí. Estaba bastante estropeada, por el pecho le entraba el gélido aire propio de esa altura de vuelo, el propulsor de la bota izquierda perdía potencia continuamente y debía corregirlo con los repulsores de los guantes, y la mitad de la pantalla de navegación del interior del casco no funcionaba. Aún así, aquella armadura era el medio más rápido para llegar hacia dónde Tony quería llegar.

—Muy sencillo, querido J.A.R.V.I.S., estamos volando hacia mi ático en Nueva York, para coger una armadura más apropiada para la ocasión.

—Así, señor, ¿ha decidido volver a sus proezas como superhéroe? —preguntó con cierto reparo J.A.R.V.I.S.

Tony dudó un instante. Se había prometido que nunca más volvería a ser Iron Man. Cuando, unas horas antes, se había enfundado la armadura creía que lo estaba haciendo solo por un instante, que Whiplash y Dinamo no supondrían más que una amenaza que durara más que unos minutos. Sin embargo, ahí estaba, tras un penoso combate del que había salido perdiendo, sobrevolando Estados Unidos para cambiar de traje y perseguir a sus enemigos para recuperar un cohete robado.

¿Estaba haciendo eso solo por el cohete y el esfuerzo, suyo y de todo su equipo, que había tras él? ¿O lo estaba haciendo por él, por qué quería volver a ser lo que había sido durante tanto tiempo? Un héroe, un vengador… Iron Man.

Por mucho que se lo preguntase, aún no tenía una respuesta suficientemente clara para darse a sí mismo, así que mucho menos una creíble para su asistente artificial. Así que le dijo lo único que tenía claro:

—No lo sé, J.A.R.V.I.S., no lo sé.

—Pero, señor…

—No insistas, no lo sé. Por ahora lo único que importa es perseguir a esos villanos, recuperar el cohete y acabar con el plan que Whiplash, Dinamo Carmesí o cualquier otro hayan ideado para aprovecharse de ese cohete.

—De acuerdo, señor Stark —respondió J.A.R.V.I.S.

Si su asistente electrónico hubiera tenido consciencia —algo que Tony a veces creía que tenía—, J.A.R.V.I.S. hubiera pensado para sus adentros lo mismo que había pensado todo el mundo al volver a ver la estela que dejaban tras de sí los propulsores de las botas de la armadura roja… Iron Man había vuelto.

Cuatro

Cuando Tony aterrizó la Mark 5 a través del óculo del techo de su ático, el acceso directo a su taller y garaje de armaduras, sintió como un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Hacia meses que no pasaba por ahí, cuando durante años ese había sido el lugar en el que mayoritariamente siempre se le podía encontrar. Sin embargo, todo su nerviosismo se esfumó cuando, al salir del interior del traje, vio que todo estaba tal y como lo había dejado. La tensión fue sustituida por nostalgia, al ver como, en tan pocos meses, todo su ejército de armaduras había cambiado tan poco que parecía que no hubiera pasado el tiempo. La única y sustancial diferencia había sido la tenue capa de polvo que lo recubría todo. Un cambio no muy destacable, cuando él tampoco nunca lo había limpiado.

Mientras miraba a su alrededor, con el único sonido de los cortocircuitos de la armadura Mark 5, de la oscuridad más profunda del garaje aparecieron dos pequeños robots con brazos extensibles que se acercaron a él como dos perritos lo haría al ver a su amo desaparecido durante meses.

—Hola, tontainas —dijo Tony mirándolos como si tuvieran ojos.

—Señor, los asistentes del taller han procurado que las armaduras siguieran funcionando y en perfecto estado para cuando usted regresara.

—J.A.R.V.I.S., ya lo hemos hablado, no he regresado, solo es una visita de cortesía derivada de una necesidad —intentó justificarse Tony.

J.A.R.V.I.S. no respondió, no debía querer seguir discutiendo con su señor, y más teniendo en cuenta que tenía un protocolo para evitar esas situaciones.

Tony paseo lentamente por el taller, observando las armaduras que habían sido sus compañeras durante años, incluso antes de que J.A.R.V.I.S. existiera como una inteligencia artificial. Muchas de ellas no tenían integrado el sistema operativo de su asistente digital, eran completamente analógicas.

«Menudas reliquias», pensó para sus adentros Tony, sin poder evitar una sonrisa por el mar de recuerdos que le inundaron la mente. Hasta que un recuerdo, el único que quería olvidar y no podía hacerlo, volvió a la superficie y sintió como su corazón palpitaba con mayor fuerza.

«Maldita ansiedad», se lamentó.

Para apartar el recuerdo de la muerte de Happy y todo lo acontecido en la Civil War, hizo lo único que podía hacer: trabajar.

—Muy bien, J.A.R.V.I.S., estoy emocionado por estar de vuelta, pero no he venido a tomar el té. Así que, manos a la obra.

—¿Qué armadura tenemos que preparar?

Tony no respondió, simplemente empezó a andar mirando una tras otras las

decenas de armaduras que había alojadas en las cápsulas de la pared, mientras que los dos robots asistentes del taller le seguían cual perritos falderos. Hasta que se detuvo frente a una. Era plateada, con el pecho recubierto de reflectores solares negros y el único parecido con una armadura estándar de Iron Man eran la máscara, que seguía siendo dorada.

—¿En qué estado se encuentra la Mark 69? —dijo Tony lanzando la pregunta al aire, podía mirarlo en la pantallita que controlaba la información de la armadura, sin embargo, por algún motivo había creado a J.A.R.V.I.S.

—Puede emprender el vuelo cuando lo estime necesario. —J.A.R.V.I.S. hizo una pausa—. ¿Debo entender que, debido a la misión, el señor ha decidido pasar desapercibido?

Tony alzó una ceja y dedicó una mirada risueña a la Mark 69.

—Sabes que ese no es mi estilo, J.A.R.V.I.S.

Una estela plateada surca el cielo nocturno de la taiga rusa asiática. En aquella zona deshabitada de bosques frondosos no hay nadie que mire al cielo y se pregunte que es aquella luz azulada que recorre el cielo. Aunque Tony no lo quisiera, hay ciertos lugares del mundo en el que es imposible hacerse notar, y aquel era uno de ellos.

—¿Seguro que el rastro del localizador del cohete lleva hasta aquí?

—Así es, señor —respondió J.A.R.V.I.S.

Unas horas antes, mientras sobrevolaba Alemania, el rastro se había perdido, seguramente quién fuera que estuviera trasteando con aquel cohete había logrado encontrar el localizador y inhabilitarlo. Sin embargo, por los datos que habían recibido hasta entonces, el cohete, no se sabe exactamente cómo, había empezado a descender en aquella zona, como si fuera a aterrizar. Sin embargo, el espeso bosque había debajo de Iron Man hacia pensar lo contrario.

—Señor, si me permite la pregunta —empezó a decir J.A.R.V.I.S.—, si el cohete ha descendido, ¿cree necesario utilizar la Mark 69?

—Más vale ser precavido, querido J.A.R.V.I.S., nunca se puede llegar a saber que pueden hacer dos genios del mal soviéticos con un cohete de varios miles de millones dólares en su poder.

—¿Cree que lo lanzarán de nuevo?

—Si su intención no era destruirlo, sino robarlo, lo más probable es que quieran utilizarlo, por lo que es inevitable que, de un modo u otro, vuelva a emprender el vuelo, y yo estaré allí para impedírselo —sentenció Tony sintiendo que aquella frase le había quedado exageradamente heroica—. Y, en el peor de los casos, si lograr despegar, este traje me permitirá seguirlo.

A pesar de las bromas con doble sentido que había comportado la creación de la Mark 69, además de ser la sexagésima novena armadura, también tenía esa numeración en honor a su capacidad que la distinguía de las demás: era la única

armadura capaz de permitir el vuelo espacial. Por lo que era muy apropiado que, de una forma un tanto modesta, rindiera homenaje al año en el que hombre pisó por primera vez la Luna.

Era por este motivo que Tony estaba tranquilo. Aunque aquellos dos locos de Whiplash y Dinamo consiguieran huir de nuevo a lomos del cohete, esa vez sería capaz de seguirlos como no había podido la anterior vez. Ya que, además de ser la única armadura destinada al vuelo espacial, las placas solares del pecho le permitirían seguir volando una vez se acabara la energía cargada en el taller, mientras que su armamento, en previsión de vuelos de larga distancia espaciales, era el más completo para poder enfrentarse a cualquier situación.

—Señor, detecto anomalías en el paisaje boscoso —le advirtió J.A.R.V.I.S.

—En pantalla —ordenó.

En seguida, sobre la imagen real del exterior, se extendió una imagen digital sobrepuesta en la que se podía ver, entre los miles de árboles que había en aquella zona, como una construcción se alzaba.

—¿Puedes detectar de qué se trata? —preguntó a su asistente.

Sin responder, J.A.R.V.I.S. activó el escáner de precisión y la pantalla se fueron marcando ciertos puntos que perfilaban lo que Tony se había supuesto.

—Parecen ser unas instalaciones tecnológicas medio subterráneas.

—Evidentemente, si querían esconder un cohete como el que han robado, debían hacer un boquete en el suelo.

Con una mejor perspectiva del lugar en el que estaba a punto de irrumpir, Tony empezó a dar órdenes a su asistente.

—Antes de entrar quiero un escaneo completo, térmico, energético, vital, y ese largo etcétera de especificaciones que incorporé en tu sistema operativo.

—Sí, señor.

Tony mantuvo el vuelo estático, situándose de tal forma que la luz de sus reactores pareciera una estrella muy potente si alguien lo viera desde el suelo.

—Detectados una cincuentena de personas y…

—¿Dónde están Whiplash y Dinamo? —le interrumpió Tony.

J.A.R.V.I.S. se los indicó en el mapa sobrepuesto del interior de su casco.

—Traza una ruta directa de incursión.

—Señor, permítame que ponga en duda sus actos una vez más y…

—No, J.A.R.V.I.S., no te lo permito —le espetó Tony—. Les voy a dar tal somanta de palos a esos dos que cuando lo haya hecho desearán no haberme robado el cohete.

Sin cuestionar más a su jefe, J.A.R.V.I.S. trazó una ruta holográfica para que Tony pudiera seguirla a alta velocidad y dijo:

—Cuando quiera, señor.

Tony no respondió puso al máximo los propulsores de sus botas y salió despedido hacia la instalación.

Tras atravesar una verja electrificada que no le afectó, empezó a recorrer los amplios pasadizos de la instalación disparando con todo su armamento derribando y aturdiendo a los miembros de seguridad y a los técnicos que se cruzaban en su camino, descendiendo cada vez más hacia el subsuelo.

Tras unos intensos segundos, llegó a la sala del cohete. Era un inmenso espacio tubular, con el cohete en el centro, y las salas de control instaladas a diversas alturas del tubo. Sin embargo, también había un pequeño puesto a los pies del aparato, desde dónde los técnicos daban los últimos retoques antes del despegue.

Tony contempló todo aquello mientras descendía de forma precipitada hacia la base del cohete, pero algo le dolió más que todas las chapuzas que pudieran hacer aquellos técnicos rusos. Sobre el logotipo de Stark Industries, habían escrito toscamente las siglas de la Unión Soviética con pintura roja.

—Eso sí que me ha cabreado —dijo Tony a la vez que aumentaba la velocidad y se dirigía a la parte del cohete, en la que Whiplash y Dinamo Carmesí estaban vociferando órdenes a sus técnicos. Solo había algo peor que un villano loco, un villano loco y que tenía conocimientos que ponían en duda los de sus subalternos.

Vanko y Nevsky ya no llevaban las armaduras con las que habían robado el cohete, por lo que no pretendían emprender el vuelo junto a él, sin embargo, iban ataviados con sus trajes mientras aterrorizaban a los técnicos que parecían trabajar a destajo para lanzar el cohete cuanto antes.

—¡Malditos vagos! —exclamó Whiplash activando uno de sus látigos—. Yo ya hubiera terminado.

El imponente tamaño del villano sobre el humano medio hizo que los cuatro técnicos a los que se dirigía se acurrucaran uno contra otro, mientras esperaban que el villano les asestara el golpe fatal.

Whiplash levantó el brazo, el látigo chasqueó tras él antes de empezar a descender, cuando, súbitamente, Vanko desapareció de delante de sus ojos, dejando a los técnicos igual de perplejos que asustados.

Un estruendoso golpe resonó entre las paredes de la sala del cohete. Iron Man se había llevado por delante a Whiplash y lo había incrustado con tanta fuerza contra la pared de cemento armado que había hecho un agujero del que villano ahora se estaba desprendiendo lentamente sin fuerza.

Mientras Whiplash caía al suelo inconsciente y, seguramente, con muchos huesos rotos tras el impacto, Iron Man gritó:

—Todo aquel que no sea un villano nacido en la Unión Soviética que se dedica a robar cohetes… ¡Largo!

Los pocos técnicos y miembros de seguridad abandonaron el lugar despavoridos, solo Dinamo se quedó observando a Iron Man.

—Veo que has venido preparado, Stark —dijo con sorna Nevsky.

—Y que lo digas —contestó Tony antes de lanzar un pequeño aparato sobre la armadura roja de Dinamo, en la que se adhirió.

—¿Pretendes que me asuste? —le preguntó el otro entre carcajadas.

—No exactamente.

Un segundo después una descarga eléctrica invadió toda la armadura y, por lo tanto, también a quién la ocupaba.

—Sabía que no habrías aislado el metal de tu armadura… Mira que eres chapuzas, Alexander —le espetó Tony con una sonrisa.

Mientras Dinamo soltaba alaridos de dolor, Iron Man se acercó a Whiplash, lo cogió por el cuello y lo arrastró junto a su compañero, que ya se tambaleaba entre espasmos tumbado en el suelo.

—Sé que estáis cansados, que ha sido un día muy largo y queréis iros a casa —dijo Tony plantándose frente a los villanos medio recostados en la pared—. Pero ahora mismo me vais a decir quién os ha encargado robar mi cohete.

—¿Por-Por qué crees que alguien nos lo ha encargado? —preguntó Nevsky adolorido por la descarga eléctrica.

—Por favor, Alexander, no insultes mi inteligencia. Estas instalaciones, los trajes, el personal. Ese no es vuestra manera de actuar ¿quién os financia?

Ninguno de los dos respondió, Vanko seguía inconsciente y Nevsky negaba con la cabeza.

—Decídmelo o os doy otra descarga —les amenazó Tony.

Tras unos segundos de duda, Nevsky decidió hablar:

—No… No lo sabemos. Alguien nos lo encargó todo y nos dio todas las facilidades para que el plan saliera bien.

Tony alzó la máscara de la Mark 69 y los observó directamente con sus ojos. Sabía que Nevsky estaba mintiendo, pero ¿qué podía hacer? No era un torturador. Los llevaría a S.H.I.E.L.D., y averiguaría que pretendían investigando entre los papeleos de la base. Ya tendría la ocasión de atrapar al cerebro del plan.

Mientras reflexionaba en aquello, el supuestamente inconsciente Whiplash se levantó, corrió hacia un panel de control y pulsó un inmenso botón rojo.

Una voz mucho menos sugerente que la de J.A.R.V.I.S. resonó por las paredes iniciando una cuenta atrás de un minuto.

«¿Por que siempre había un botón?», se lamentó Tony.

Sin dejar que ninguno de los dos volviera a actuar por su cuenta, alzó los brazos y de ellos salieron volando dos cables de acero que atraparon a los dos villanos y los rodearon, atándolos.

Con un movimiento circular, Tony los lanzó por una de las puertas que había en la base de la sala, para evitar que acabaran incinerados bajo los propulsores del cohete.

—¡Nunca lograrás detenerlo! —exclamó Vanko mientras se revolvía entre sus ataduras.

—¿Eso crees? —preguntó Tony sonriente antes de cerrar el casco de su armadura.

Los reactores del cohete retumbaron en aquel espacio tubular haciendo que el aparato emprendiera el vuelo lenta pero poderosamente. Escondido en el pequeño

refugio, Whiplash seguía riéndose por su triunfo:

—¡Has perdido, Tony, has perdido!

Pero en seguida dejó de hacerlo cuando vio como, Tony le saludaba y emprendía el vuelo tras el cohete.

—Adiós, Anton y Alexander, pero aquí un servidor tiene un traje espacial propio —les soltó con sorna antes de desaparecer tras la estela del cohete.

Cinco

—¿Podemos detener el cohete? —Fue cuanto se le ocurrió preguntar Tony a su asistente instantes después de emprender la persecución de su cohete robado.

—Lamento comunicarle, señor, que es imposible realizar un diagnóstico de las modificaciones aplicadas en esa plataforma clandestina de lanzamiento.

Tras la respuesta de su asistente, Tony iba a replicar, sin embargo, J.A.R.V.I.S. continuó su justificación, a sabiendas de las más que posibles protestas de su jefe:

—Además, carecemos de las herramientas apropiadas para llevar a cabo las modificaciones adecuadas para detenerlo.

Al escucharlo, Tony emitió un bufido de desagrado.

—Está bien, como mínimo podemos saber hacia dónde va, ¿no?

J.A.R.V.I.S. realizó los análisis apropiados para informar a su jefe de la manera adecuada, y cuando terminó dio una respuesta tan vaga a Tony que este no pudo estallar en protestas.

—¡¿En serio?! ¿Eso es lo único que sabemos?

—Lo lamento, pero es así y…

—¿Un lugar entre la Tierra y la Luna en la que, teóricamente, no hay nada? Pues menudo asistente tengo —dijo con sarcasmo Tony—, si sigues así J.A.R.V.I.S. te voy a substituir por uno más apropiado… Tal vez una mujer, que aunque me dé malas noticias siempre será más agradable que un estirado mayordomo británico.

—Señor, si no soy de su agrado, debo recordarle que fue usted el que me programó y, por lo tanto, el culpable de mis casi improbables defectos no es otro que usted —dijo J.A.R.V.I.S. con un tono que rozaba la sorna y el descaro.

—Está bien, está bien —admitió Tony—. Centrémonos en seguir este cohete y aprovechar cualquier oportunidad para evitar los planes de esos dos… Aunque sea derribándolo.

El cohete, aunque parecía haber despegado de forma perezosa, en seguida que abandonó la atmósfera y se deshizo del peso sobrante, prosiguió avanzando a una increíble velocidad, tanta que incluso el propio Tony se sorprendió. Sabía que el diseño de aquel cohete era bueno, pero no esperaba que rindiera así de bien. Por suerte, aunque el cohete era rápido, la armadura de Iron Man también lo era.

La velocidad de crucero que llevaban los dos cuerpos volantes, por lo que el viaje más allá de Tierra fue relativamente corto, sobretodo cuando el cohete empezó a aminorar la marcha cuando empezó a circunvalar la Luna.

—¿Hacia dónde va? ¿No has dicho que se dirige a un lugar entre la Tierra y la Luna? —preguntó Tony.

—Señor, el destino lo he calculado de forma hipotética a partir de la trayectoria,

por lo que veo se dirige a la cara oculta de la Luna.

«Madre mía, esto es más tópico que cualquier película sobre meteoritos que se estrellan en la Tierra», pensó Tony con una sonrisa para sus adentros.

Pero su actitud cambió cuando, sumergiéndose en la oscuridad que había tras el satélite de la Tierra, se empezaron a distinguir las formas de una enorme estación espacial. Aunque se hubiera equivocado de localización, J.A.R.V.I.S. había acertado al decir que el cohete se dirigía a un lugar en el que, teóricamente, no había nada.

La sorprendentemente grande instalación espacial, que parecía mantener una inestable órbita alrededor de la Luna, se encontraba en un lugar en el que podía evitar los escáneres proyectados desde la Tierra, y, hábilmente pintada de tonos oscuros y grises, pasaba desapercibida a las sondas con cámaras. Podía ser tosca, destartalada y a punto de desintegrarse, pero la idea de ocultar ahí esa estación espacial, era tan buena como cuando se esconde algo a simple vista, ya que es el lugar en el que nadie va a mirar.

—¿Podemos ver si hay alguien o aquellos la han enviado aquí por error? Que tampoco me sorprendería.

Tras unos segundos en los J.A.R.V.I.S. no dijo nada, al final respondió:

—Esto resulta extraño.

—¿El qué?

—Aunque detecto numerosas señales de vida, a excepción de una decena, la mayoría parecen estar en estasis.

—¿Criogénicamente congelados? —preguntó Tony temiéndose que Shapanka hubiera podido volver de algún modo.

—Más o menos, pero los signos, si bien son similares a los humanos, no lo son, parecen provenir de otro tipo de mamíferos —acabó de aclarar J.A.R.V.I.S.

Tony no insistió, sabía que a veces la inteligencia artificial era un tanto melodramática.

—Son casi idénticos a los primates, como gorilas y chimpancés.

Al oír aquellas palabras Tony se estremeció.

—¡Oh, no! Ya sé quién está detrás de todo esto —afirmó—. El Fantasma Rojo ya está de nuevo haciendo de las suyas.

Sin dudar un segundo más, Tony aceleró acercándose tanto como pudo al cohete.

—¿Qué pretende, señor? —preguntó J.A.R.V.I.S. con un poco de desconfianza, sabiendo que su jefe tenía algún alocado plan para acabar con el peligro.

Tony no respondió, sabía que no le hacía falta dar explicaciones a J.A.R.V.I.S.

Sin más, disparó media docena de proyectiles con cargas explosivas con temporizador que se adhirieron a la cubierta del cohete que, desacelerando, pero sin detenerse, se acercaba cada vez más a la estación espacial.

Habiendo hecho esto, Tony aceleró de nuevo dejando atrás su cohete y, aprovechando el impulso, atravesó una de las paredes de la estación espacial, justo entre la tercera C y la P de las siglas de la Unión Soviética que había escritas en la

superficie de la estación.

Tras irrumpir, el espacio se descomprimió, haciendo que el polvo y todo aquello que no estuviera sujeto saliera volando hacia el vacío, a la vez que, una estridente alarma que chillaba palabras en ruso. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, Iron Man avanzó andando tranquilamente por los deshabitados pasillos de la estación espacial.

—J.A.R.V.I.S., guíame hacia el Fantasma Rojo —ordenó Tony.

Sin responder, el asistente le fue señalando la ruta que debía seguir por los pasillos.

—Cuando regrese a la Tierra pienso tomarme un buen trago de vodka. Tanto soviético me ha hecho venir ganas de beber… Será cosa de la nostalgia de la Guerra Fría —bromeó Tony.

Tras unos breves minutos por aquellos pasillos, la voz de J.A.R.V.I.S. sonó en el interior del casco:

—Señor, el único signo vital activo que coincide con el de un humano está detrás de esta puerta —dijo indicándole una puerta de doble hoja que había a su izquierda —. Supongo que se trata del Fantasma Rojo.

—Si hay primates medio humanos, solo puede haber el Fantasma Rojo y, conociéndolo, me sorprende que incluso llegara a contar con la colaboración de Vanko y Nevsky.

—Excelente suposición, señor.

—Lo sé —respondió satisfecho Tony—. Ahora, echemos abajo este lugar.

Tras estas palabras, Iron Man lanzó una potente patada a la puerta metálica que salió despedida, primero hacia delante y, después, hacia atrás, arrastrada por la succión que estaba haciendo el vacío.

Tras ella, unos cuantos primates salieron despedidos perdiéndose en el espacio, mientras que el único ser que podía llamarse hombre de aquella estación espacial estallaba en un ataque de ira. Era calvo y el poco cabello blanco que tenía, pobre y lacio, le caía a ambos lados de la cabeza, casi confundiéndose con una incipiente barba y un pálido rostro ojeroso. Aún con todo, el Fantasma Rojo era suficientemente listo y precavido para pasearse por la estación espacial con botas magnéticas y el casco del traje espacial rojo cerrado.

—¡Maldito Stark! ¿Cómo has logrado llegar hasta aquí?

Tony iba a darle una respuesta cargada de ironía, sin embargo, Ivan Kragoff siguió hablando:

—No, no quiero que me regales una de tus impertinencias. Ya he tenido bastante cargando con aquellos dos necios de Vanko y Nevsky, que no tengo ganas de escuchar tu arrogante voz de empresario capitalista.

«Oh, Fantasma, tu tan rojo como siempre», se dijo para sus adentros Tony, esperaba que, como villano de la vieja escuela, Kragoff le explicara todos sus planes sin que él se lo pidiera. Y no se equivocaba.

—Supongo que has venido a acabar con mi «maléfico» plan, ¿cierto? Pues que sepas que no te lo voy a permitir…

«Y ahora viene el plan diabólico con pelos y señales», se dijo Tony.

—… Que sepas que pienso lanzar tu flamante cohete al Sol.

—Discúlpame, Kragoff, pero eso era lo que yo pretendía —lo interrumpió Tony.

—¡Te he dicho que no hablaras! —ladró el Fantasma—. Eres un ignorante, Stark, pretendo enviarlo al Sol, pero con fines completamente distintos a ti. Una vez esté modificado el satélite que hay en el interior del cohete, será capaz de provocar unas ondas solares suficientemente poderosas para erradicar la vida en la Tierra. Entonces mis primates y yo crearemos un nuevo paraíso de las cenizas, en la que los gorilas y chimpancés modificados serán la especie dominante…

Las palabras de Kragoff fueron interrumpidas por los aplausos con ecos metálicos que emitían las manos de Iron Man.

—Bravo, sí señor, bravo —le dijo Tony—. Un plan impresionante, tal vez una de tus mejores ideas y, sobre todo, original —dijo con sorna el vengador dorado—. ¿Cuántas veces has intentado erradicar a los humanos de la Tierra?

El Fantasma Rojo se lo miró con perspicacia, no lo sabía exactamente, «muchas», pensó.

—Si estás pensando muchas, el dato es correcto. ¿Y cuántas lo has conseguido? —preguntó Tony sonriendo—. Yo te lo diré, ninguna. Y esta vez no será distinto.

—¿Crees que con una armadura para viajes espaciales tendrás suficiente? —preguntó Kragoff.

Tony se encogió de hombros y respondió:

—Puede que eso sea justito, pero con el armamento que llevo en esta puedo hacer estallar la Luna. Así que imagínate que le puedo hacer a esta estación con un gigantesco y carísimo cohete con cargas explosivos adheridas a su cubierta.

—¿Destruirás tu cohete? —preguntó Kragoff sorprendido.

Tony asintió lentamente, como queriendo que su rival lo comprendiera sin dificultad, a la vez que dudaba de su inteligencia.

—¿Tu cohete, lo destruirás? —insistió Kragoff.

—Como bien sabrás, soy lo suficientemente rico como para construir otro —respondió Tony.

—¡Perro capitalista! —le espetó el Fantasma lanzándose sobre él, seguido por los pocos primates que le quedaban al villano soviético.

—Se acabó la charla —contestó Tony preparándose para sus rivales.

A pesar que en un principio lo rodearon seis primates y el Fantasma, sin problema, Iron Man empezó a girar a su alrededor derribando a cuantos había a su camino, a la vez que lanzaba proyectiles contra la estructura de la estación.

—¿Sabe que tiene que salir de aquí antes de que llegue el cohete? —le preguntó J.A.R.V.I.S.

—¡Cierto! ¿Cuánto tiempo queda?

—Treinta segundos —contestó J.A.R.V.I.S.

—¡¿Qué?! ¿Por qué no me has avisado antes?

Mientras J.A.R.V.I.S. se disculpaba, Iron Man acabó con los últimos primates y se encaró con el Fantasma Rojo que vio como, una vez más, Tony Stark acababa con sus planes.

—Se lo dije, le dije que jamás lograría vencerte —exclamó el villano—. Pero no me quiso creer, a Tony Stark se le tiene que aplastar de un solo golpe le dijo, no se pueden elaborar intrincados planes para la venganza.

—¿A quién te refieres? —le preguntó Tony.

—¡A nadie! —chilló Kragoff mintiéndole descaradamente, a la vez que se abalanzaba de nuevo sobre él.

En esa ocasión Tony no dudó, lanzó un poderoso puñetazo sobre el Fantasma, haciendo que cambiase de dirección atravesando varias paredes y saliendo despedido hacia el vacío.

—¡Mierda! Kragoff sabía quién había detrás de todo esto y voy y lo proyecto hacia el vacío —se lamentó Stark.

—Señor, no hay tiempo de lamentaciones, el cohete impactará en 10, 9, 8…

Tony no esperó a que J.A.R.V.I.S. terminara con la cuenta atrás, activó los propulsores de sus botas y salió de la estación justo en el instante que el cohete llegaba a ella y estallaba en miles de pedazos llevándose lo que quedaba de la destartalada instalación de Kragoff.

Sin mirar atrás, Iron Man emprendió el camino de vuelta a la Tierra, acompañado solamente por la voz de su asistente:

—La estación ha sido destruida, junto con el cohete y el satélite en el que tanto esfuerzo había puesto.

—Lo sé, J.A.R.V.I.S., ¿algún rastro de Kragoff?

—No, señor, parece que su cuerpo se ha perdido en el espacio.

—Sé que detrás de Whiplash, Dinamo y el Fantasma se escondía alguien más, esas armaduras, la instalación de Rusia, la estación espacial… Eso es demasiada pasta para esos tres. Pero parece que ninguno de ellos quiera traicionar al hombre misterioso. ¿Cuánto les habrá pagado para que cierren la boca?

—¿O con qué les ha amenazado? —reflexionó J.A.R.V.I.S.

—Bien visto, querido amigo, bien visto.

—Gracias, señor, siempre intento ser de la mayor utilidad —respondió el asistente y tras unos instantes preguntó—: ¿El señor desea alguna melodía para amenizar el viaje?

—Sí, por favor, *Back in Black* de AC/DC.

Sin embargo, J.A.R.V.I.S. tardó unos segundos en ponerla y Tony le preguntó:

—¿Sucede algo J.A.R.V.I.S.?

—Si el señor me permite insistir en el tema, ¿eso quiere decir que Iron Man ha vuelto?

Tony no pudo dejar de sonreír, se sentía satisfecho de haber regresado como Iron Man, y sabía que no volvería a colgar el traje como lo había hecho seis meses atrás. Así que, mientras los primeros versos de la canción escogida para su regreso sonaban en el interior de su casco, respondió:

—Puede ser, J.A.R.V.I.S., puede ser.

Cliffhanger

En una sala de control, no muy diferente a la que Tony tenía en Florida, un hombre había observado todo lo que había sucedido entre Whiplash, Dinamo Carmesí, el Fantasma Rojo y Iron Man.

—Señor Stane, hemos perdido la señal del Fantasma Rojo —dijo uno de los técnicos cuyos rostros solo estaban iluminados por la luz de sus pantallas de ordenador.

Stane alzó la mirada, viendo como, de las tres pantallas en las que se mostraban las imágenes registradas por las cámaras de los trajes del trío de villanos, una permanecía sin señal alguna, mientras que, en las otras dos, se veía a un grupo de agentes de S.H.I.E.L.D. deteniendo a Vanko y Nevsky.

«Maldito seas, Tony, maldito seas», se lamentó para sus adentros Stane bajando la cabeza, encerrándose en sí mismo. Una vez más la suerte que siempre acompañaba al vengador dorado había logrado salvar a Stark y aplastar sus planes, como había sucedido con su padre.

Kragoff estaba en lo cierto, no era tan fácil vencer a Iron Man, no podía dejarlo todo a la suerte de un plan ejecutado por meros villanos de tres al cuarto, debía aplastarlo de un solo golpe y debía hacerlo él mismo.

Ezekiel Stane levantó de nuevo la cabeza y, con voz poderosa, se dirigió a sus técnicos:

—Muy bien, caballeros, esta parte del plan no ha salido como teníamos previsto —y con una sonrisa malvada en el rostro añadió—: Preparémonos para ejecutar la siguiente y última fase… Dejar a Iron Man sin control.

Continuará…